

A la izquierda,  
Miko mira  
de frente

A la derecha,  
Fura camino  
del bosque



Todas las imágenes de estas páginas dedicadas a la cuestión animal son un trabajo del escritor y fotógrafo Jordi Esteva (Barcelona, 1951). Estas fotografías de sus animales fueron tomadas el pasado verano con un iPhone 4 utilizando la aplicación Hipstamatic

# Sobre la humanimalidad

**Marta Segarra** es catedrática de Literatura Francesa y de Estudios de Género en la Universitat de Barcelona, directora del Centro Mujeres y Literatura, y coordinadora de la Cátedra UNESCO Mujeres, Desarrollo y Culturas. Acaba de editar 'The Portable Cixous' (Columbia University), su último libro

## MARTA SEGARRA

La tradición filosófica occidental, casi sin excepción, situó a los animales en una esfera totalmente distinta de los humanos, con lo cual la animalidad se convirtió en la frontera que marcaba los límites de la humanidad. El problema radica en que esta frontera no se ha situado siempre en los mismos confines: en épocas no tan lejanas, las personas negras eran tratadas como animales, sujetas a tratos de compraventa y en ocasiones exhibidas en ferias y museos. Descartes consideraba que los animales no tenían alma ni conciencia de sí mismos o de sus acciones, y los comparaba por ello a las máquinas. Ya en la época contemporánea, Heidegger estableció una clara distinción entre lo viviente vegetal, animal y humano, calificando a los animales de “pobres en mundo”, es decir, admitiendo su conciencia pero limitándola en muchas facetas respecto a la humana.

Otros filósofos ya habían emitido notas disonantes a esta clara delimitación entre animalidad y humanidad. Entre ellos destaca Montaigne, quien no sólo habla de la *fidelidad* proverbial del perro, sino incluso de su *amistad*, idea menos usual porque parece que esta relación sólo pueda darse entre personas. Bentham, por su parte, desplazó la cuestión de la conciencia al sufrimiento. “¿Pueden sufrir los animales?” era para él la pregunta clave para decidir cómo actuar respecto a estos seres con los que convivimos, a veces estrechamente.

Jacques Derrida (1930-2004), uno de los pensadores cuya influencia más se dejó sentir en el último tercio del siglo XX y prosigue en el XXI, dedicó los últimos años

de su vida a reflexionar sobre el tema de la animalidad. Desarrolló la llamada *pensée de l'animal*, que puede traducirse como *el pensamiento sobre el animal* pero también *del animal*. Es un modo *poético* y *profético* no sólo de pensar la animalidad y la humanidad, sino también de considerar el mundo de forma distinta. El pensamiento del animal contemplaría la realidad desde una perspectiva más amplia que los parámetros humanos, “pues no está escrito que la esencia de las cosas esté referida sólo al hombre”, dice Montaigne.

Derrida expone en su libro *L'animal que donc je suis* (traducido como *El animal que luego estoy si(gui)endo*, para respetar el juego con la célebre frase de Descartes: “Pienso, luego existo”, y también el doble sentido de *suis* en francés: *soy* y *sigo*) una reflexión biográfico-filosófica que parte de la mirada del animal. Un día, el filósofo advierte que su gato lo mira mientras se halla desnudo en el baño, y esta mirada le resulta totalmente enigmática, porque expresa “el punto de vista del otro absoluto”. La mirada del animal nos ve realmente *desnudos*, porque es “ininterpretable, ininteligible, indecible”, pero sigue siendo una mirada, y una mirada dirigida a nosotros desde lo desconocido *abismal*, desde lo inhumano. Esta interpretación invierte el sentido habitual del gesto: somos nosotros, los seres humanos, quienes pensamos que tenemos derecho a observar el mundo y a definirlo, pero cuando este nos devuelve la mirada, de repente nos sumergimos en un mundo otro, irreductible, que no ha sido construido según nuestras percepciones y nuestros juicios.

La frontera estanca entre animales y humanos excluye a los primeros de todo lo que se considera *propio del hombre*: el pensamiento, la risa, el sufrimiento, el duelo y, sobre todo, el habla. Se supone que los animales de una misma especie son capaces de comunicarse entre ellos, y que los domesticados entienden lo que queremos que hagan, pero son incapaces de nombrar el mundo, lo cual está reservado al ser humano (y, hasta hace poco, al hombre en masculino). Como expresa Derrida, ni los filósofos ni los científicos habían considerado la posibilidad de que los animales pudieran “dirigirse a

## El filósofo Jacques Derrida encontró en la mirada del animal “el punto de vista del otro absoluto”

nosotros”. Hélène Cixous, pensadora próxima a Derrida, afirma que los animales hablan sus propios idiomas, y que podemos comunicarnos con ellos si aceptamos “estar en traducción con otros seres”. Añade la escritora que “hay que respetar al animal en sí”, frase que debe interpretarse en el doble sentido de “el animal en sí mismo”, en su otredad respecto a nosotros, y del animal “dentro de sí, que llevamos dentro, es decir, nuestra propia extrañeza, nuestra humanimalidad.

Jacques Derrida completa esta idea con lo que denomina “la pasión del animal”, que es un concepto de sentidos múltiples. Se refiere a los sufrimientos que los humanos infligimos, a veces de forma to-

talmente gratuita, a los animales, pero también a “cierta pasividad” –Cixous la llama “inocencia”– que el filósofo encuentra en la desnudez del animal y del humano. Esta pasividad implica renunciar al dominio y la soberanía del sujeto, y someterse a la experiencia de un *im-poder* que los seres humanos pueden aprender de los animales. En una paradoja, Cixous la denomina la “humanidad profunda” de los animales, su capacidad de entrega sin que ello conlleve sumisión.

Tanto Cixous como Derrida utilizan un término creado por ellos, *animot*, para expresar esta concepción distinta de los animales. En primer lugar, este neologismo es *radicalmente extranjero* respecto al francés, y así alude a este respeto a la otredad de los animales. Híbrido monstruoso como la figura mitológica de la quimera, formada por partes de diversas bestias, la palabra *animot* (que se pronuncia igual que animales –*animaux*– en francés) remite a la multiplicidad de estos, que no pueden reducirse al animal en singular: no es lo mismo una ameba que un elefante. Además, el sufijo *mot* (que significa *palabra*) alude al lenguaje, exclusivo del hombre según el pensamiento antropocéntrico, permitiendo que “la voz que nombra” también se atribuya a los animales.

En un plano más personal, Jacques Derrida, gran amante de sus gatos, sostenía que quien no ha convivido nunca con un animal no sabe lo que se pierde. Los animales, como las personas, son propicios a darnos lecciones de vida y a enriquecer nuestro mundo de afectos y experiencias. |